

Perdido y ahora encontrado

Bob Van Domelen

“Supongamos que uno de ustedes tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en campo abierto y va tras la oveja perdida hasta encontrarla? 5 Y cuando lo encuentra, lo pone alegremente sobre sus hombros 6 y se va a casa. Luego reúne a sus amigos y vecinos y les dice: 'Regójense conmigo; He encontrado mi oveja perdida'. ”(Lucas 15: 4-6)

Recientemente, vi el primer episodio de *The Chosen* (segunda temporada) y me sorprendió un poco la dirección que tomó. El episodio final de la primera temporada tuvo a Jesús conociendo a la mujer en el pozo, un evento que cambió su vida para siempre. Jesús entrando en Samaria en este nuevo episodio parecía una dirección lógica. Su destino, sin embargo, era un hombre lisiado, un samaritano, pero mucho más que eso.

Sentado alrededor de una fogata, Jesús persuade a un hombre lisiado para que cuente su historia porque, como compartió Jesús, “Contamos y escuchamos historias. Nuestras historias nos conectan”. Luego, mirando al hombre con compasión, Jesús dijo: “Cuéntame tu historia”. Y el hombre lo hizo.

Enfrentados a la pobreza que les quita la vida, él y un amigo le robaron a un hombre que viajaba por la carretera, le robaron sus posesiones y su caballo, y dieron por muerto al hombre. En su camino para vender el caballo, el hombre se cayó del caballo, sabía que su pierna estaba rota, pero de alguna manera llegó a casa. Pero su condición física no era nada comparada con la culpa que sentía por lo que él y su amigo habían hecho. Habían matado a un hombre.

Terminado con su historia, el hombre miró a Jesús y dijo: “Yo lo maté”. “No, no lo hiciste”, respondió Jesús. “Alguien vino y se aseguró de que lo cuidaran hasta que recuperara la salud”. “¿Como podrias saber?” Jesús simplemente respondió: “Lo sé”.

Esta fue una introducción bastante larga solo para llegar a un punto simple: Jesús se desvió de su camino para buscar al hombre para sanarlo, para darle nueva vida. Espero que te resulte familiar porque ciertamente a mí me resulta familiar.

No puedo contar las muchas veces que me senté en la iglesia y luego en la capilla de una prisión esperando palabras que sentí como si fueran dichas solo para mí. “Sí, Bob”, decía la voz suave, “sé lo que hiciste y te perdono aunque muchos nunca lo hagan”. Y en ese lugar secreto de mi corazón, esas palabras serían recibidas con sincera gratitud.

Mis ovejas escuchan mi voz;

Yo los conozco y ellos me siguen. (Juan 10:27)

¿Alguna vez tuvo la sensación de que no solo estaba perdido, sino que estaba tan perdido que no podían encontrarlo? Quizás peor, que no *querías* que te encontrarán. . . o se enteró. A pesar del daño que les hice a los demás, la vergüenza de lo que estaba haciendo era tan grande que no podía contárselo a los demás. Creía que mis elecciones estaban tan lejos del diseño de Dios que mi nombre no debía ser mencionado en Su presencia. ¿Por qué querría Dios conocerme? Ese pensamiento me facilitó desear haber luchado con cualquier otro problema que no sea el que me trajo tanto dolor y oscuridad.

Una parte importante del proceso de sanación y cambio para mí ha sido aceptar que Jesús *sí* conoce mi nombre, y más, ¡que me quiere! Tal vez esta sea una conexión débil, pero cuando era niño y se elegían equipos para un juego de béisbol o fútbol, siempre tuve la esperanza de que uno de los capitanes gritara “Queremos a Bob”, pero rara vez estaba cerca de la cima de su lista de opciones. Ahora, sin embargo, puedo escuchar a Jesús gritar “Me llevaré a Bob” y eso me llena de emoción y un sentido de pertenencia.

¿No deja el noventa y nueve? . . e ir tras la oveja perdida hasta encontrarla?

He leído que las ovejas conocen la voz del pastor y siguen ese sonido y, lo que es más importante, confían en el pastor. Jesús, el Divino Pastor, conoce a su rebaño, a sus hijos. Sabe que reconocen el sonido de su voz. Sabe que siguen a donde él los lleva porque, como las ovejas, confían en él. Luego está esa oveja perdida, la que se descarrió y llegó tan lejos que ya no podía oír la voz del pastor.

Y esta es la voluntad del que me envió, que no perderé a ninguno de los que me ha dado, sino que los resucitaré en el último día. (Juan 6:39.) Aunque era solo una oveja, no estaba destinada a perderse. Aunque era débil y estaba perdido en mi pecado, nunca estaba *destinado* a estar perdido. Estaba destinado a ser levantado en el último día. Jesús dejó a aquellos que sabía que serían seguros para buscarme y encontrarme. “Aquí estoy, Bob. Ven a mí.” Y en mi corazón, conocía esa voz. Fue el que me

amó y murió por mí. "Por aquí, Señor. En este terrible lugar en el que me encuentro. ¿Puedes ayudarme a salir?"

Manos fuertes pero suaves me levantaron y me colocaron sobre sus hombros. En el viaje para salir de mi oscuridad, Jesús cantó canciones de amor y mi corazón latía al ritmo de sus melodías de perdón.

Regójate conmigo; He encontrado mi oveja perdida

Por mucho que sé que esas melodías están destinadas a ser recordadas y honradas, algunos días dejo que mi ajeteo y preocupación por la vida hagan que sea difícil escucharlas. Peor aún, hay momentos en los que me cuesta incluso recordarlos. Pero no me he olvidado de su voz y aunque las melodías se desvanecen, la voz va cantando nuevas melodías, hermosas melodías.

El pastor reúne a amigos y habla con entusiasmo de la oveja que se perdió pero se encuentra. Algunos podrían preguntar "¿Dónde lo encontraste?" y quizás quiera escuchar los detalles, pero al pastor no le preocupa dónde ha estado la oveja. Se regocia de que la oveja escuche una vez más su voz.

Puede que no lo creas, pero hay gente que se regocia por ti. Ellos conocen el deseo de cambiar de su corazón; ven que dejas de lado las decisiones oscuras que alguna vez fueron tan importantes para ti, una parte tan importante de tus ciclos adictivos; y reconocen la nueva creación en la que te estás convirtiendo. Llegará un momento en que los reconocerás, aunque quizás ahora sea demasiado pronto.

La mayoría de ustedes debe aguantar a las personas que solo ven sus cargos. Vives con insultos, amenazas de todo tipo y rechazos más comunes que cualquier señal de bienvenida. Pero nada de eso quita este mensaje: Dios te ama, Jesús murió por ti y el Espíritu Santo vive en ti. Estabas perdido pero ahora te han encontrado. Así que regójense, porque has sido llamado.

Les digo que de la misma manera habrá más regocijo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. (Lucas 15: 7)